

AUGE Y DECADENCIA DEL NARCOTRÁFICO EN CALI: EL SICARIATO COMO FORMA DE CONTROL ILEGAL

Betancourt, A. M. y Castillo, A. (2019).
Auge y decadencia del narcotráfico en Cali
y el sicariato como forma de control ilegal.
Revista Cultura y Droga, 24 (28), 159-177.
DOI: 10.17151/culdr.2019.24.28.8.

ANA MARÍA BETANCOURT–LEDEZMA*
ALEXANDER CASTILLO–GARCÉS**


Recibido: 30 abril de 2019
Aprobado: 11 junio de 2019

RESUMEN


La incursión de dinámicas criminales como el sicariato figuraron en la oleada de violencia por el control ilegal e intereses de las organizaciones dedicadas al tráfico de cocaína en los años 1980 y 1990. El presente artículo describe el desarrollo del sicariato como dinámica violenta y su transformación durante el auge del cartel de Cali y violencias recientes en la ciudad. Como primer apartado se trabajó una caracterización del sicariato en épocas del narcotráfico a través de indagación en artículos científicos. En el segundo apartado se realizó una cronología de violencia a manos sicariales durante la guerra de carteles hasta su desmantelamiento, a través de una actividad exploratoria de dos diarios locales. Como principales resultados se encuentra la transformación de las dinámicas del sicariato y el reconocimiento del *sicariato profesional* y el *sicariato social* presente en la violencia en Cali, el reto institucional de las administraciones a la hora de intervención y la ausencia del por qué a la hora del registro que privilegian las cifras.

Palabras claves: narcotráfico, sicariato, violencia, pandillas.

* Investigadora Facultad de Derecho, Ciencia Política y Sociales, Universidad del Cauca. Semillero de Investigación LVMEN adscrito al programa de Ciencia Política de la Universidad del Cauca. Este artículo de investigación es producto del proyecto de investigación denominado “Construcción de paz y tramitación de conflicto en el departamento del Cauca 2018: una mirada territorial y con enfoque diferencial” adscrito al Grupo de Investigación GIAPRIP de la Universidad del Cauca Popayán-Colombia. E-mail: ambetancourt@unicauca.edu.co.

 orcid.org/0000-0002-2443-3332. **Google Scholar**

** Político de la Universidad del Cauca. Magíster en Políticas Públicas de la Universidad del Valle. Integrante del Semillero de Investigación LVMEN adscrito al programa de Ciencia Política de la Universidad del Cauca. Este artículo de investigación es producto del proyecto de investigación denominado. E-mail: jacastillo@unicauca.edu.co.

 orcid.org/0000-0002-4673-2157. **Google Scholar**



THE RISE AND DECLINE OF DRUG TRAFFICKING IN CALI: THE HIRED HITMEN AS A FORM OF ILLEGAL CONTROL

ABSTRACT

The incursion of criminal dynamics such as hired hitmen appeared in the wave of violence over the illegal control and interests of the organizations dedicated to cocaine trafficking in the 1980s and 1990s. This article analyzes the development of the hired hitmen system (sicariato) as a violent dynamic and its transformation understood during the boom of the Cali cartel in the city. The first section presents a characterization of the hired hitmen in drug trafficking times through interviews and search on scientific articles. The second section presents, through an exploratory activity of two local newspapers, a chronology of violence at the hands of hired hitmen during the war of cartels until their dismantling. The main results are the transformation of the dynamics of hired hitmen system (sicariato), and the recognition of professional hired hitmen and social hired hitmen present in the violence in Cali, the institutional challenge of the administrations at the time of intervention, and the absence of the reason that privileges the figures when they are recorded.

Keywords: drug trafficking, hired hitmen, violence, gangs.

INTRODUCCIÓN

América Latina es una de las regiones más urbanizadas y violentas del mundo. En medio de la urbanización prospera la violencia como una más de las formas que asumen las relaciones sociales, involucrando intereses contrarios, actores individuales, colectivos y relaciones de poder (Carrión, 2002). La violencia incorpora un amplio espectro de contenidos tales como las disputas políticas, las contradicciones ideológicas y las contiendas económicas, que expresan lo legal y lo moralmente correcto (Unesco, 1981). Los actos violentos son traducidos en sensación de riesgo, pérdida de confianza e inseguridad ciudadana. El estudio de la violencia y sus formas letales y no letales ofrecen muchas dificultades, debido a esto, y a pesar de todas las críticas, se usan los homicidios como el indicador más sensible para medirla.

Colombia no es ajena a esta situación y, así como otros países latinoamericanos, ha vivido un traumático proceso de modernización signado por múltiples violencias y cambios en la distribución rural y urbana de la población (Guzman, 1990). Su historia ha sido representada y estudiada desde distintos puntos de vista y uno de ellos, quizá el más persistente, es la existencia y proliferación de las violencias, que aparece como una enfermedad endémica que se destaca en algunas poblaciones por sus particularidades y magnitudes (Guzman, 1990).

El sicariato o la muerte por encargo han primado sobre las dinámicas de violencia letales en Colombia. El fenómeno es heterogéneo a la hora de su estudio y puede ser categorizado en dos modalidades particularmente: el *sicariato profesional* y el *sicariato social*. El primero suele estar a disposición de un grupo delincuencial estructurado, ya sean bandas criminales, narcotraficantes, guerrillas o paramilitares como una forma de control y seguridad de estos. El segundo nace desde la réplica del sicariato profesional y se impregna en la sociedad como una forma de resolución de conflictos personales y de la vida cotidiana. Según la Policía Nacional, el 47 % de los homicidios en el país son cometidos por sicarios (Carrión, 2009).

El comportamiento de los homicidios puede ser usado como indicador de las dinámicas de violencia. Así, en las décadas de 1940 y 1950, en la época de la llamada Violencia. En esa los denominados «pájaros» o «chulavitas» quienes eran los asesinos por encargo, al mando de las élites conservadoras de la época, con orden de exterminar simpatizantes y líderes del partido liberal. No obstante, estos no se pueden igualar a los sicarios de las violencias contemporáneas. En los años 1970 y 1980, época de las violencias de limpieza y las ejecuciones sumarias contra simpatizantes de la guerrilla, conocerán nuevas formas de la violencia por encargo. Años más tarde, el país conocería una nueva modalidad ilegal conocida como narcotráfico y, con ella, el sicariato. Los sicarios en las organizaciones del narcotráfico redefinieron su accionar cambiando ideologías políticas por intereses particulares de organizaciones criminales, encargándose de mantener el control de rutas de droga, caletas y la seguridad de los narcotraficantes.

Portón (2014) refiere cuatro formas de intimidación y violencia derivadas del narcotráfico: 1) guerras entre carteles por control de nuevas rutas y territorios; 2) el uso de servicios sicariales para dar muerte a funcionarios públicos a fin de presionar la justicia y la fuerza pública; 3) muerte de personas clave en las

organizaciones; 4) el asesinato de población civil al margen de las organizaciones como método de pánico y presión estatal (Portón, 2014).

Los grandes carteles de narcotráfico en Colombia fueron decayendo luego de la acción conjunta de las autoridades, el enfrentamiento entre ellos y las disputas internas. El cartel de Medellín, luego de la muerte de Pablo Escobar en 1993, se logró dismantelar. Luego le tocó el turno al Cartel de Cali a mediados de la década de 1990: primero con la captura de los hermanos Rodríguez Orejuela y los posteriores asesinatos de José Santacruz, Hélder Herrera y Chepe. Posteriormente, a comienzo de la década de los 2000, desapareció el cartel del Norte del Valle en medio de sangrientas pugnas.

Cuando se dio fin a los carteles de droga del país, el sicariato tuvo una transición en términos estructurales: pasó del sicariato profesional al sicariato social. Las oficinas de cobro se tomaron la violencia de una forma cotidiana y de resolución de conflictos e intereses particulares de la sociedad en general. A cambio de dinero, cualquiera puede acceder a servicios que van desde mensajería y extorsión hasta torturas y asesinatos. El sicariato se convirtió en un método de ajuste de cuentas para quienes querían cobrar venganza, saldar cuentas pendientes e incluso solucionar problemas familiares o pasionales. Asimismo, para los jóvenes de barrios marginados de las ciudades empezó a ser una fuente de trabajo con buena remuneración y para el Estado un auténtico reto.

METODOLOGÍA

Al analizar el desarrollo del sicariato como dinámica de control del narcotráfico y sus impactos, es preciso referirse al enfoque neo institucionalista que presentan los autores Losada y Casas (2008) para referirse al estudio de fenómenos que eran atribuidos al contexto económico, las brechas sociales y la estructura de clases. El desarrollo del presente artículo busca dar respuesta acerca de cuáles son los contextos sociales y políticos en los que se han desarrollado y los actores que las han desencadenado. En contexto, cuál ha sido el contexto social y político en que se ha desarrollado el sicariato como dinámica generadora de violencia (Losada y Casas, 2008).

Partiendo de lo anterior, el presente artículo tiene como objetivo analizar el desarrollo del sicariato como la dinámica violenta más frecuente en el auge del narcotráfico en Cali, a partir de allí se desglosan dos apartados como resultados de la investigación. El primer apartado da cuenta de la caracterización del sicariato dentro del narcotráfico y, para su desarrollo, se realizó un barrido por artículos científicos publicados en revistas especializadas e informes institucionales que daban cuenta de la caracterización y personificación del sicario en la ciudad.

Asimismo, el estudio de los homicidios conlleva una interrelación con el método cuantitativo, donde la importancia de la información estadística es funcional en la toma de decisiones del Estado; el análisis de datos agregados brindará información en cuanto a las tasas de homicidios como variable principal para medir la dimensión de la violencia, al igual que las tasas de homicidios según su móvil.

Seguidamente, en el segundo apartado, se realizó una descripción de hechos que relatan la historia de la una serie de hechos violentos que tuvieron como espacios Cali y Medellín, donde hacían presencia dos carteles de droga y donde también es narrada la dismantelación del cartel de Cali y la transfiguración del sicariato en tiempos recientes. Para el desarrollo de este, se usó material documental, haciendo un barrido desde dos los diarios locales: El País y El Caleño, a través del método historiográfico que permitió la comprensión de cambios sociales, culturales, estructurales y económicos que se dieron en el contexto del narcotráfico en Cali.

Instituciones como la Alcaldía de Cali y Policía Nacional fueron claves para entender el proceso de cambio en administraciones locales e intervención. La importancia de las fuentes, los métodos y técnicas de investigación a utilizar en el desarrollo de este artículo nos proporcionarán una descripción analítica del comportamiento y estructura de cada variable que se desarrollará, con el fin de construir un trabajo relevante y funcional en el momento de la toma de decisiones para entender y contrarrestar el fenómeno de la violencia que ha vivido Cali desde su historia reciente.

RESULTADOS

El sicariato ¿una actividad ilegal trascendental?

El crimen organizado entendido como la asociación de un grupo de personas organizadas desde organigramas estructurados, de acuerdo con funciones específicas dentro de algún territorio, sitúa al sicario como ente generador de seguridad, presión, terror y asesinatos con el fin de dar solución a problemáticas dentro de organizaciones que por vías legales no es posible resolver (Portón, 2014).

De igual manera, el Estado y organismos encargados institucionalmente de contrarrestar la incidencia y proliferación de fenómenos como el crimen organizado y el sicariato, tienen en sus agendas la creciente anomalía social, esto en distintos países latinoamericanos que, si bien en sus políticas pretenden la reducción de dicha patología, siguen estando presentes en las sociedades latinoamericanas.

Para Mario Rodríguez, académico peruano del sicariato y su rol en la sociedad, el asesinato por encargo es un fenómeno creciente y agravado en un proceso de institucionalización, donde además de visibilizar el problema, se exige a organismos institucionales prevención, persuasión, procesamiento y ejecuciones de condenas por parte de las administraciones (Rodríguez, 2016).

Asimismo, José Luis Cisneros hace una crítica al Estado desde el estudio del sicariato en México, el autor habla de la retórica punitiva de las instituciones que pretenden una explicación de los actos delictivos de los jóvenes y niños que incursionan en el sicariato al mando del narcotráfico desde una “perspectiva estigmatizante”, sin un profundo estudio de las realidades socioeconómicas de los menores de edad dedicados a esta actividad ilegal.

Desde Ecuador, el académico Fernando Carrión plantea que, si bien en dicho país el fenómeno del sicariato no es nuevo, en 1980 se vivió un proceso de internacionalización que se dio desde Colombia y su expandido narcotráfico y paramilitarismo, donde el impacto social fue fuerte y se respaldó el sicariato por una cultura de reciprocidad o cultura del “ojo por ojo, diente por diente”, y donde la acción institucional es casi nula por lo invisible que se hace el fenómeno al no tener una tasa alta de victimización que darían las denuncias (Carrión, 2009).

Por su parte, en Colombia el sicariato como fenómeno generalizado para categorizar homicidios con patrones similares, salió a la luz casi al mismo tiempo que el narcotráfico se hiciera visible en temas de agenda pública en el gobierno colombiano. En 1982 diarios locales en la ciudad de Cali empezaban a mencionar a los asesinos por encargo con un calificativo: sicarios. Sin embargo, los asesinatos por encargo se visibilizaban históricamente en épocas de violencia bipartidista, y aunque no con las mismas características, los homicidios no mercantilizados ya hacían parte endémica de los problemas sociales de Colombia.

En la actualidad, el sicariato es un organismo criminal que aparece sujeto a organizaciones ilegales con el fin de asesinar por encargo a cambio de una remuneración económica, que tiende a convertirse en una coacción que responde al control ilegal de territorios, fronteras invisibles en barrios marginados y algún tipo de respeto o terror entre la sociedad. Si bien el sicariato dentro de organizaciones criminales y delictivas como las que creó el narcotráfico hace parte de un subconjunto del sicariato, convirtiéndose en *sicariato profesional*, como denomina Carrión a aquel sicariato que se da bajo el mando de organizaciones estructuradas.

La reclusión de sicarios en la época del narcotráfico tenía características específicas, jóvenes en su mayoría menores de edad, de barrios marginados, con una vida delinencial a temprana edad, pasaban de hurtar a ser pandilleros y luego cumpliendo ciertas aptitudes eran aventajados y entraban a incursionar en los homicidios calificados, convirtiéndose en sicarios después del paso por la escuela de entrenamiento que los carteles ofrecían.

Los asesinos por encargo: una mirada desde los carteles de droga

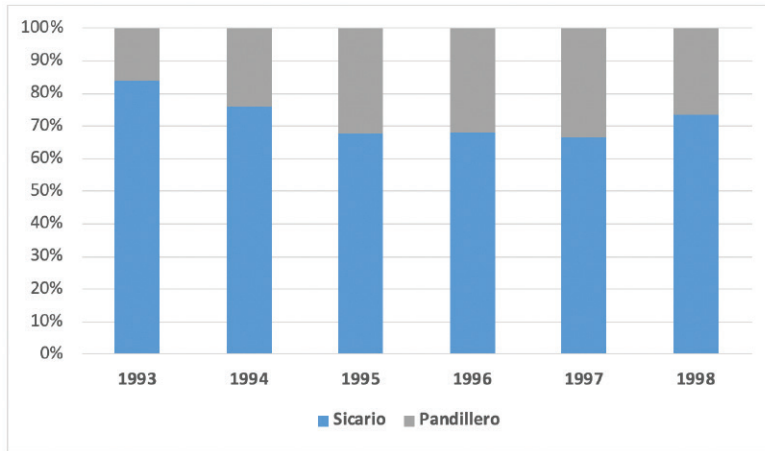
Los asesinos por encargo al mando de los carteles de droga en Colombia se hicieron visibles luego de la aparición de Pablo Escobar en la política colombiana, y seguidamente con el asesinato del ministro Rodrigo Lara Bonilla en 1984. El sicariato dio sus primeros pinitos a finales de la década de 1980, cuando el cartel de Medellín reclutó 300 hombres para que realizaran una serie de secuestros, atentados terroristas y asesinatos. Reclutados con facilidad de barrios marginados de Medellín como las comunas, eran entrenados en escuelas del cartel. Tal cantidad de sicarios entrenados fueron suficientes para la ejecución del ministro Lara Bonilla y seguidamente desatar una serie de hechos violentos contra otras organizaciones, entre ellas el cartel de Cali (Montoya, 2014).

El cartel de Medellín y su líder Pablo Escobar se encargaron de desatar una guerra contra el Estado y organizaciones criminales, entre ellas el cartel de Cali. El sicariato llegó a su punto más alto en el momento en que Escobar pagaba cantidades exorbitantes de dinero por la ejecución de policías, además de ello, la poca responsabilidad penal de los infractores menores de edad hizo que policías de algunos sectores de la institución tomaran justicia a mano propia ejecutando jóvenes entre 16 y 30 años de las comunas de Medellín sin ningún tipo de filtro (Montoya, 2014).

Para el cartel de Cali, los asesinos por encargo eran más un equipo de seguridad, lejos de una fama de mercenarios y asesinos, los sicarios para el cartel eran quienes se encargaban de la seguridad, cobros de dinero y ajustes de cuenta en caso de ser necesario. Cali manejaba un bajo perfil infiltrándose en el comercio de la ciudad por medio de empresas, la cadena de Drogas la Rebaja y el Grupo Radial Colombiano eran sus propiedades más reconocidas.

En Cali se reconocía la existencia de “oficinas de cobro”, sin hacer referencia a un espacio físico, eran grupos de sicarios que ofrecían distintos servicios, la extorsión, corrupción, intimidación, asesinatos y servicios de seguridad eran sus accionares más frecuentes al servicio de narcotraficantes. Reconocidos con alias y teniendo como puntos de reunión espacios comerciales como panaderías, peluquerías, entre otros, protegían sus nombres y neutralizaban su relación con organizaciones criminales (Escobedo, 2013).

En 1993, luego del abatimiento de Pablo Escobar, las oficinas sicariales bajo el mando y respaldo del narcotráfico en Cali dinamizaron las tasas de homicidio en la ciudad, lo que Carrión denominaría *Sicariato social* incursionaría en Cali y asesinatos por encargo utilizados para la resolución de conflictos de la sociedad en general, explicaban por sí solos la densidad de las tasas de homicidios con el móvil sicarial (Véase la Gráfica 1).



Gráfica 1. Tasa de homicidios por móvil en Cali, 1993 – 1998
 Fuente: Observatorio Social Alcaldía de Cali 2002 – elaboración propia

El bloque de búsqueda dio de baja a Pablo Escobar y con él pusieron fin al cartel de Medellín, con quien Cali tenía una guerra pactada desde 1988. Con el abatimiento del narcotraficante la administración pública en Cali y sus pobladores esperaban una baja significativa en los homicidios calificados en la ciudad, lo cual no tuvo lugar. Tras la caída de Medellín, pertenecientes al cartel de Cali empezaron a ser perseguidos por el mismo bloque de búsqueda y, además de ello, tuvieron que enfrentarse con el ya visible cartel del Nortel del Valle.

El sicariato social como una forma más cotidiana de asesinar por encargo hizo incursión en Cali y logró que en 1996 el Valle del Cauca reconociera la existencia de oficinas de sicarios como empresas con organigramas, distribución de funciones y venta de servicios. Camuflándose en salones de belleza, panaderías, compraventas, concesionarios y demás almacenes de comercio, en 1999 se calculaban cerca de 50 en Cali, formadas por pistoleros que hicieron parte del Cartel, disparando las tasas de homicidio en la ciudad (Montoya, 2014).

El cartel del norte del Valle tuvo su momento de furor hasta finales de los años 1990 e inicios del 2000, luego de ello, Cali pasó del auge del gran narcotráfico al tráfico local de droga, los lugartenientes del negocio de la coca serían los jefes de sicarios de narcotraficantes ya abatidos o presos en los EE. UU. Por lo anterior, es importante

reconocer las diferentes estructuras criminales y delincuenciales que pasaron en Cali hasta el final de la última década del siglo XX.

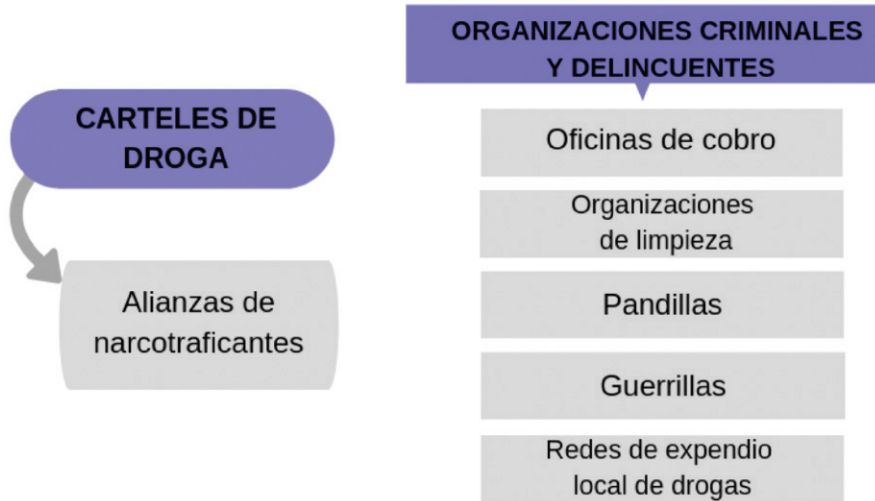


Diagrama 1. Estructuras delincuenciales en Cali 1980 – 2008

Fuente: Fundación Ideas para la Paz. FIP - Elaboración propia

A partir de la disputa de disidencias del cartel del Norte del Valle, que tenían como actores a Diego Montoya alias Don Diego y Wilmer Varela alias Jabón, el sicariato en Cali se estructuró, convirtiéndose en ejércitos privados de ambos capos. Entre el 2003 y el 2008 y superando los mil sicarios a su disposición, se produjeron al menos 2000 muertes con móviles sicariales gracias a la guerra que había suscitado por el control del negocio de la coca a principio de siglo, en el 2004 la policía nacional atribuyó al menos 600 muertos a esta disputa (Montoya, 2014).

El negocio de la muerte surgió como herramienta estratégica de los carteles de la droga, pero se diversificó e independizó de los mismos una vez que vio amenazada su fuente de ingresos. Dicho desarrollo histórico deja entrever una “cultura de la violencia” que trasciende las fronteras de la violencia desarrollada por las mafias del narcotráfico. Existe en nuestras sociedades latinoamericanas una peligrosa tendencia a la solución violenta de los diferentes conflictos entre las personas. El paso del sicario de la droga al sicario independiente es un virulento síntoma de los elevados niveles

de violencia e intolerancia que sin mayor problema atraviesan hoy en día nuestra cotidianidad. (Schlenker, 2014, pp. 79 - 80)

El sicariato en Cali se transformó, a mitad del siglo XX los asesinatos por encargo tenían como disputa filiaciones políticas e intereses de las elites conservadoras por tener el control. Terratenientes o caciques luchaban con violencia letal a manos de los pájaros por la lucha de clases, la tenencia de tierras y el poder gubernamental.

A finales del siglo XX y cogidos por el narcotráfico, los sicarios fueron el mejor aliado de carteles de droga por el control ilegal e intereses particulares, finalmente el siglo XX terminó con una nueva estructura sicarial denominadas oficinas de cobro, sin ser un espacio físico, cualquiera podía acceder al servicio del asesinato a manos de otro a cambio de una remuneración.

Cronología del narcotráfico: guerra de carteles, corrupción y desmantelación

Dentro de las dinámicas criminales del narcotráfico, el sicariato se convirtió en la forma de control ilegal que iría más allá del respeto y lealtad entre carteles, llegó al narcotráfico como el talante más efectivo para garantizar respeto, seguridad y control entre la comunidad de traficantes, gobierno y fuerza pública que quisiera poner freno al fenómeno en la ciudad. A nivel organizativo, el sicario ocupa un papel de defensa en organizaciones criminales, son reclutados en su mayoría en barrios marginales, y si bien existe una estructura funcional en la organización, no se deja a un lado el rol cultural y patrones históricos en los que se desarrolla el crimen organizado.

A finales de los años 1970 e inicios de los años 1980, el país se encontraba en una nueva coyuntura de violencia, el narcotráfico se había extendido por todo el país, el Cartel de Medellín era la organización más reconocida dedicada al tráfico de droga en el país bajo el mando de Pablo Escobar Gaviria. Cali contaba con la participación del denominado Cartel de Cali, organización criminal dedicada al tráfico de cocaína y liderada por los hermanos Gilberto y Miguel Rodríguez Orejuela, Hélder Herrera y José Santacruz Londoño.

En 1981 el diario «El Caleño», conocido por ser fuente de información de homicidios en la ciudad, titulaba una serie de homicidios bajo un mismo patrón, los homicidios eran cometidos desde motocicletas. Ahondaban titulares como «Siguen asesinos de moto en el centro de Cali», «Asesinos de moto atacan de nuevo».

El modus operandi los hacía cada vez más visibles para los medios de comunicación, pese a ello, solo hasta enero de 1982 diarios como El Caleño y El País empezarían a denominarlos «Sicarios». El lunes 11 de enero de 1982, el diario El País titulaba «Tres personas muertas a manos de sicarios» y, seguidamente, a finales del mismo mes, El Caleño titulaba «Sicarios se toman Cali».

El 30 de abril de 1984 con el asesinato del ministro de justicia Rodrigo Lara Bonilla, quien públicamente decía ser enemigo de los narcotraficantes, el país redefinía una alerta sicarial que venía haciendo presencia con los carteles de droga. El 3 de mayo el país referenciaba el mismo titular en todos los medios, el diario El País lo tituló: «No habrá tregua contra el crimen, anuncian extradición a los narcotraficantes» (El País, 1984, p. 1). Tras declaraciones gubernamentales el cartel de Medellín y narcotraficantes independientes se autodenominaban «los extraditables» adelantando secuestros y extorciones con el fin de presionar el gobierno y derrocar el tratado de extradición.

La guerra entre carteles daría inicio el 13 de enero de 1988 con la detonación de un carro bomba en el edificio Mónaco de Medellín, propiedad de Pablo Escobar y donde residía su familia. La violencia surgida entre carteles tenía como protagonistas los sicarios de ambos carteles. El 18 de febrero de 1988 fue incendiada una sucursal de Drogas La Rebaja en Medellín, propiedad de los hermanos Rodríguez Orejuela; asimismo, más de cincuenta atentados contra propiedades del Cartel de Cali como Drogas La Rebaja y el Grupo Radial Colombiano (El País, 1988).

En su momento, para la policía nacional y los medios de comunicación la guerra de carteles era un choque de intereses entre ambas organizaciones por el control del mercado de cocaína en New York. Según El País, el mercado de cocaína de New York representaría al año 35 millones de dólares, cuya zona era exclusividad del Cartel de Cali (El País, 1988).

En 1991 tras el acuerdo de Escobar y el gobierno nacional de someterse a la justicia e internarse en su propia prisión a cambio de la no extradición a los Estados Unidos, la guerra con el Cartel de Cali parecía haber llegado a su fin; sin embargo, al conocerse el asesinato de dos de los socios de Escobar en instalaciones de la Catedral y seguidamente la fuga del narcotraficante llevó al gobierno nacional, al bloque de búsqueda, al Cartel de Cali y las AUC a poner como principal objetivo a Pablo Escobar vivo o muerto.

El Cartel de Cali, las autodefensas lideradas por los hermanos Castaño Gil (cercanos en principio al cartel de Medellín), el Gobierno Nacional, la Policía y el Bloque de Búsqueda apoyaron la creación del grupo ilegal denominado los Pepes (perseguidos por Escobar). Durante dieciséis meses se vivió una guerra conjunta con de los Pepes y el narcotraficante. Agentes norteamericanos y el Cartel de Cali se encargaban de la información (grabación de llamadas, información de primera), el bloque de búsqueda hacía los allanamientos y los Pepes ejecutaban labores violentas (López, 2008).

El grupo clandestino se fortaleció poco a poco. Cali los alimentaba con ríos de dinero, algunos policías suministraban todo tipo de permisos y salvoconductos, las agencias americanas aportaban información de inteligencia. La moral, los principios, derechos humanos, y cualquier rasgo de conciencia fueron archivados durante diez y seis intensos meses de persecución sin tregua. (López, 2008, p. 19)

Tras la caída del Cartel de Medellín con la muerte de Escobar el 2 de diciembre de 1993, el cartel de Cali estaba seguro de que el próximo fichaje de la autoridades eran ellos, (aunque hubiesen aportado en la baja de Escobar), por tal razón aprovecharon su cercanía con el fiscal general de turno Gustavo de Greiff para una negociación que les permitiera retirarse del tráfico de droga y terminar con la narcoactividad en Colombia a cambio de unos pocos años de cárcel y quedándose con todo el dinero hasta ese momento conseguido (López, 2008).

El presidente Cesar Gaviria (1990 – 1994) estaba en la mira de todo el país tras el fracaso en la negociación que había hecho con el extinto Pablo Escobar, por esto las intenciones del gabinete presidencial no eran más negociaciones con narcotraficantes, la orden era su captura sin ningún tipo de beneficio. Tras un panorama nada esperanzador y en plena campaña para la elección del nuevo presidente de Colombia, los Rodríguez por medio de intermediarios llegaron hasta Santiago Medina, tesorero de la campaña de candidato liberal Ernesto Samper, quien se jugaba la presidencia en segunda vuelta electoral con el candidato Andrés Pastrana. Con más de seis millones de dólares contribuyeron los jefes del cartel a la campaña que llevó a la presidencia a Ernesto Samper y por la que los señores de Cali esperaban una negociación que los beneficiara (López, 2008).

Uno de los mayores escándalos en la política colombiana surgió después de dicha narcofinanciación, a los capos del Cartel de Cali y sus socios no les fue de gran ayuda

el millonario aporte gracias a la filtración de casetes con grabaciones que dejaban en descubierto el significativo aporte del cartel a la campaña del presidente Samper, escándalo del que nació el proceso 8000 en abril de 1995 que dejaría sin salida los capos de cartel. Desde allí la prioridad y la orden desde la presidencia era clara, el desmantelamiento por completo del cartel de Cali.

El 2 de noviembre de 1994, en una de las páginas del diario El País se titulaba «El jefe de Cartel de Cali dispuesto a entregarse» reportaje que relataba un par de reuniones de Gilberto Rodríguez con un relacionista público de la DEA donde el capo suscitaba como condiciones de su entrega y la de su hermano ser judicializado en Colombia y obtener una rebaja de pena considerable, esto impulsado por su familia (El País, 1994).

Días después de hacerse pública la intención de entrega de los hermanos Rodríguez Orejuela se conoció la noticia del embajador de Estados Unidos en Colombia Myles Frechette de cancelar el visado a familiares de sospechosos por tráfico de droga, quien también sostuvo que no se apoyarían entregas voluntarias de narcotraficantes a menos de que estos fueran judicializados en EE. UU. “Estados Unidos no impulsa las entregas en Colombia debido a la reducción automática de la condena. EE. UU mantiene que las penas a los culpables de narcotráfico deben de ser acordes a la seriedad de los delitos” (El País, 1994).

Finalmente, la caída del Cartel de Cali llegaría a cada uno de sus simpatizantes de diversas formas, el 9 de junio de 1995 el coronel Carlos Barragán capturó en una vivienda de Cali a Gilberto Rodríguez en el barrio Santa Mónica Residencial. Al mes siguiente, el 4 de julio se dio la captura a José «Chepe» Santacruz Londoño en un restaurante de Bogotá gracias a un informante. Seguidamente, el 6 de agosto del mismo año en el edificio Normandía de la ciudad de Cali fue capturado Miguel Rodríguez.

El 5 de marzo de 1996, tras casi tres meses de haberse fugado de la cárcel La Picota, José Santacruz Londoño fue asesinado cuando se dirigía a la ciudad de Medellín a una reunión con su socio Pacho Herrera, quien contaría con suerte unos meses más cuando finalmente en septiembre del mismo año se entregó en el municipio de Yumbo, departamento del Valle del Cauca y asesinado en la cárcel de Palmira el 4 de noviembre de 1998.

Además de atentados, homicidios, sobornos y extorsiones, la ciudad vivió en la época del Cartel de Cali una bonanza económica, con inversiones en la construcción, comercio, medios de comunicación y los equipos de fútbol. El poder de dicho cartel daba para controlar y comprar aparatos de seguridad, legislativo y judicial (El Tiempo, 2015). En ese sentido, en 1992, por preocupación en las cifras de violencia en Cali, el electo alcalde Rodrigo Guerrero realizó un diagnóstico dando prioridad a las cifras y privilegiando «el cómo sobre el por qué» desarrollando lo que sería la primera política pública de seguridad en Cali, denominada DESEPAZ (Desarrollo, Seguridad y Paz) financiada con recursos propios (Vanegas, 2015).

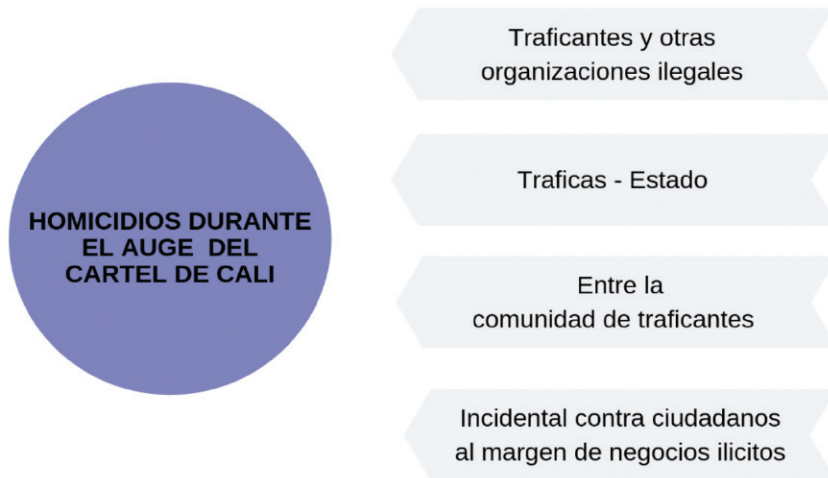


Diagrama 2. Tipos de homicidios sicariales durante el auge del narcotráfico

Fuente: elaborado por los autores

El fin de los carteles de droga en Colombia culminó con una redirección del sicariato como ente generador de violencia. En el primer apartado hacía referencia a transición y reestructuración de sicarios con las oficinas de cobro instauradas y poco a poco normalizadas en la sociedad. La falta de confianza institucional gracias a la corrupción suscitada por el narcotráfico en Cali, instauró el sicariato en la sociedad como forma de resolución de conflictos y siguen siendo los homicidios el indicador más fuerte a la hora de medir la seguridad y convivencia ciudadana en Cali.

CONCLUSIONES

La violencia en Cali ha tenido una transición en el tiempo en cuanto a los objetivos, intereses y actores que la desarrollan, se ha transformado la violencia y su dinámica más frecuente como lo es el sicariato. Entre la mitad del siglo XX se reconocía la existencia de asesinos por encargo, cuya violencia tenía como objetivo defender ideologías políticas e intereses de élites conservadoras durante la época del bipartidismo en el país. Llegando al final del siglo XX, en las décadas de 1980 los objetivos que motivarían una nueva coyuntura de la violencia serían otros. La hegemonía de control del narcotráfico transfiguró las dinámicas criminales y con un calificativo: sicarios. Sus intereses particulares de organizaciones criminales y carteles de droga y su remuneración dejarían de ser simbólica para ser económica.

El sicariato como forma de control ilegal está presente en América Latina como una enfermedad endémica, aunque el fenómeno es reconocido y las instituciones lo han legitimado, el sicariato social es parte en la sociedad latina en medio de la cotidianidad y es por ello que las críticas a organismos estatales están presentes en estudios académicos de diferentes países.

El Estado y las administraciones se enfrentan a un reto institucional al llevar a cabo estrategias que disminuyan significativamente las tasas de homicidios en la ciudad. Las cifras se han vuelto pragmáticas y la falta de conocimiento profundo a la hora de que la intervención condena toda intervención pública al fracaso. El privilegio del cómo sobre el porqué de las cifras, dejan de lado el contexto en el cual se desarrolla la violencia. La carencia del diagnóstico y/o estudios epidemiológicos a través de observatorios que transiten de la cifra hacia una aproximación al reconocimiento de los factores de riesgo a la hora de la ejecución de la violencia letal y no letal en la ciudad, permitiría la creación de políticas, planes y proyectos más efectivos a la hora de la intervención.

A manera de conclusión, las dinámicas de la violencia en Cali han tenido un desarrollo en el tiempo y en la actualidad, el sicariato ha logrado estructurarse en organigramas y ser reconocido y aceptado en la sociedad como una forma de resolución de conflictos, sin filtro alguno. Tanto organizaciones criminales como la sociedad en general pueden acceder a los servicios que ofrecen las oficinas de cobro, que en su mayoría es el asesinato por encargo, siendo de esta manera el homicidio

calificado la variable más sensible y acertada para la medición de la violencia y la principal causa de homicidios en Cali, el sicariato.

El fenómeno del sicariato se instaura en su mayoría en barrios marginados de la ciudad, la reclusión de homicidas tiene como tendencia a la escogencia de menores de edad por la poca responsabilidad penal que estos tienen ante la justicia colombiana. Además de ello, la aceptación del sicariato en la sociedad ha sido una especie de efecto mariposa para los sicarios, las venganzas personales o ajustes de cuentas son el móvil más frecuente a la hora de pagar por un crimen y la poca eficacia del Estado frente a la situación de menores infractores ha hecho que casi el 60% de las víctimas del sicariato sean jóvenes entre los 15 y 19 años (Revista Panamericana de Salud Pública , 2002).

El narcotráfico dejó una coyuntura de la violencia marcada en la sociedad, los carteles de droga un modelo de vida exorbitante y de fácil alcance a un precio bastante alto, y una cultura ilegal acepta y normalizada. Luego de la desmantelación de los carteles de droga en Colombia, Cali pasó al tráfico local de droga, un número amplio de bandas criminales se tomaron el negocio de la droga y las oficinas de cobro y pandillas juveniles el control de territorios con las llamadas fronteras invisibles. Como cultura arraigada quedó el narcotráfico y el expendio de droga en pequeñas cantidades en diferentes zonas y espacios de la ciudad en donde incursiona en narcomenudeo.

La corrupción en aparatos legislativos, judiciales y policiales, fueron la clave del auge del cartel de Cali en su pasó por el fenómeno del narcotráfico, a diferencia del Cartel de Medellín, la infiltración de los hermanos Rodríguez Orejuela y sus dos socios en empresas y el comercio de la ciudad fue la estrategia más acertada para su éxito en el tráfico de droga por el mundo y su gigantesca fortuna. A nivel político, el proceso 8000 y el escándalo del cartel con el expresidente Ernesto Samper, así como los escándalos de otros políticos relacionados con el narcotráfico en Colombia, ha generado una desconfianza institucional en la sociedad que genera la normalización de la violencia y la ilegalidad en la vida cotidiana de la población.

Referencias

- Alvarado, L. (2013). *Microtráfico y narcomenudeo: Caracterización del problema de las drogas en pequeñas cantidades en Colombia*. Bogotá, Colombia: Ministerio de Justicia y del Derecho.
- Carrión, M. F. (2014). El sicariato una realidad ausente. *URVIO. Revista Latinoamericana de Estudios de Seguridad*, (8), 29-40. DOI: <https://doi.org/10.17141/urvio.8.2009.1121>.
- Carrión, F. (2014). El sicariato: ¿un homicidio calificado? *URVIO, Revista Latinoamericana de Estudios de Seguridad*, (8), 7-9.
- Collins, R. Violence. *A micro Sociological Theory*. No abrá tregua contra el crimen. (03 de mayo de 1984). *El País*, p. 1.
- Carro bomba contra Pablo Escobar. (14 de enero de 1988). *El País*, p. 4.
- Guerra de carteles por mercado en New York. (19 de agosto de 1988). *El País*.
- El jefe del “Cartel de Cali” dispuesto a entregarse. (02 de 11 de 1994). *El País*.
- 20 años del la caída del Cartel. (06 de 06 de 2015). *El Tiempo*. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-15907302>.
- Escobedo, R. (2013). *Violencia homicida en Cali: focos y organizaciones criminales*. Bogotá, Colombia: Fundación Ideas para la Paz.
- Guzman, A. (1990). *Sociología y Violencia*. Cali, Colombia: CIDSE.
- Losada, R., Casas, A. (2008). *Enfoques para el análisis político*. Bogotá, Colombia. Pontificia Universidad Javeriana
- López, A. L. (2008). *El cartel de los sapos*. Bogotá, Colombia: Planeta.
- Montoya, A. (2014). Asalariados de la muerte: sicariato y criminalidad en Colombia. *URVIO. Revista Latinoamericana de Estudios de Seguridad*, (8), 61-74.
- Portón, D. (2014). Sicariato y crimen organizado: temporalidades y especialidades. *URVIO, Revista Latinoamericana de Estudios de Seguridad*, (8), 10-19. *Revista Panamericana de Salud Pública*. (2002). *La epidemiología de los homicidios en Cali*. Cali, Colombia: Revista Panamericana de Salud Pública.
- Rodríguez, M. (2016). El incipiente crimen organizado y sus verdugos, los improvisados sicarios. *Themis*, 101.
- Schlenker, A. (2014). Narcotráfico, narcocorridos y narconovelas: la economía política del sicariato y su representación sonora visual. *URVIO, Revista Latinoamericana de Estudios de Seguridad*, (8), 75-87.

Unesco. (1981). *La violencia y sus causas*. Recuperado de <http://unesdoc.unesco.org/images/0004/000430/043086so.pdf>

Vanegas, G. (2015). *Cali en clave de crimen organizado, ilegalidad y violencia*. Cali: Universidad del Valle.